

Forjadores de la historia

Lourdes Díaz-Trechuelo

Catedrática emérita de Historia de América de la Universidad de Córdoba



El ser humano es el único en el mundo que tiene historia, pero no todos los hechos del hombre son históricos; sólo aquellos que dimanen del uso de su libertad y son capaces de permanecer en otros presentes venideros. La verdadera Historia debe ser una correcta interpretación de los hechos acaecidos desde el origen de la Humanidad hasta hoy, o mejor dicho, hasta antayer, porque la Historia exige perspectiva. Lo mismo que para contemplar el conjunto de un cuadro de grandes dimensiones hay que alejarse del lienzo, así también es necesaria la perspectiva que da el tiempo para poder interpretar mejor los hechos del pasado.

El protagonista de la Historia es el hombre, pero no todos los hombres influyen en la Historia de la misma manera. Por eso los historiadores se dividieron entre quienes consideran que sólo los grandes personajes hacen la Historia, y quienes piensan que son los hombres anónimos quienes la construyen. Esta polémica ha llegado hoy a un punto en que es posible conciliar las posturas extremas: tan falso sería decir que Colón hizo él solo sus descubrimientos, como afirmar que fueron las tripulaciones de sus carabelas quienes realizaron la hazaña. Tampoco Napoleón llevó a cabo solo sus grandes campañas militares: necesitó la ayuda de los millares de soldados que formaban sus ejércitos y de los jefes

y oficiales que los dirigían, pero éstos sin la inteligencia del general que a cada uno asignaba su cometido en el campo de batalla, no habrían logrado ninguna victoria. Individuo y colectividad son términos de un binomio que se exigen mutuamente.

Esto se ve claro en los ejemplos presentados pero existen otros hombres que han influido tanto o más que los citados en la marcha de la Humanidad. Pensemos en los investigadores de la naturaleza que le van arrancando sus secretos y encontrando el modo de aprovechar sus fuerzas en beneficio del progreso. Al descubrimiento de la energía del vapor de agua siguió la primera revolución industrial en el siglo XIX que convirtió los talleres medievales en grandes fábricas y sustituyó al artesano por el obrero. Las consecuencias de este descubrimiento no fueron sólo económicas; de él se derivó un profundo cambio social. Crecen las ciudades y se rodean de una corona de espinas, los primeros suburbios en los que se hacían hombres, mujeres y niños en pésimas condiciones de salubridad.

La aplicación del vapor de agua a las comunicaciones terrestres y marítimas hizo que los habitantes de cualquier lugar de la tierra empezaran a relacionarse con pueblos casi desconocidos antes

para ellos. Otro paso gigantesco fue el descubrimiento de la electricidad y sus múltiples aplicaciones; hoy no sabríamos vivir sin esa energía que nos da luz y calor, y pone en marcha el mundo de las nuevas tecnologías. En los albores del siglo XX el motor de explosión crea el automóvil y el avión, que definitivamente triunfa sobre los *más ligeros que el aire*, globos y dirigibles, que fueron los primeros en hacer que el hombre pudiera realizar su viejo sueño de volar. Al telégrafo inventado por Morse se sumarán luego la telefonía sin hilos, radio, televisión, internet, correo electrónico... El descubrimiento de la radiactividad dará lugar al desarrollo de la energía atómica que, además de su terrible fuerza destructora, tiene tantas aplicaciones útiles para el hombre. En el orden sanitario enfermedades que antes fueron grandes azotes de la Humanidad han quedado vencidas...

Junto a estos hechos llamativos, la Historia de la Salvación discurre, como un torrente oculto, desde el principio hasta el final del mundo, con su punto clave entre la Encarnación del Hijo de Dios y su muerte en la Cruz y su Resurrección. Desde ese momento va a comenzar la aplicación de sus méritos infinitos a través de la Iglesia que Él fundó. En esa Historia, que para tantos pasa inadvertida, los principales protagonistas son los santos. Algunos han

actuado de modo más visible y fácil de percibir, como San Benito, organizador del monaquismo occidental, San Bernardo de Claraval, autor de la regla cisterciense, Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, fundadores de las primeras órdenes mendicantes, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, reformadores del Carmelo, o Ignacio de Loyola, creador de un nuevo modo de entender la vida religiosa como milicia espiritual.

A estos fundadores hay que sumar el número incontable de hombres y mujeres que alcanzaron la santidad a través de ocupaciones temporales, como Tomás Moro, lord canciller de Inglaterra y padre de familia numerosa, que coronó su vida con el martirio por no ceder a los deseos de Enrique VIII, en contra de los dictados de su conciencia. El siglo XX ha dado a la Iglesia *una gran multitud de santos y de mártires (...) testigos de la fe*, escribe Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* (p. 15).

Apenas comenzado el siglo XX nació en Barbastro (Huesca), uno de esos santos de hoy, Josemaría Escrivá de Balaguer, elegido por Dios para difundir por el mundo entero un espíritu viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo, pero caído en el olvido durante siglos: la llamada universal a la santidad que está contenida en las palabras

de Cristo a sus discípulos: Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial. Los primeros cristianos lo entendieron muy bien; sin abandonar su puesto en la sociedad civil, se santificaron y por ello fueron capaces de cristianizar al mundo romano.

Cuando aquel sacerdote de veintiséis años –estamos en 1928– comenzó a difundir este mensaje divino, encontró un pequeño grupo de hombres y más tarde de mujeres, que lo entendieron bien. Con ellos, el Opus Dei empezó a caminar y la doctrina de la santificación del trabajo en medio del mundo se fue extendiendo en la Iglesia. El Concilio Vaticano II la ha sancionado plenamente en la Constitución Dogmática Lumen Gentium, en los capítulos cuarto, que fija la misión de los laicos, y quinto, titulado *Universal vocación a la santidad en la Iglesia*. Queda muy claro que la meta es la misma para todos, pero los caminos para llegar a ella difieren según la llamada de Dios a cada alma.

El 17 de mayo de 1992, durante la ceremonia de beatificación del Fundador del Opus Dei, el Papa dijo estas palabras: *Con sobrenatural intuición, el beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado (...). En una sociedad en la que el afán desenfrenado de poseer cosas mate-*

riales las convierte en un ídolo y motivo de alejamiento de Dios, el nuevo beato nos recuerda que esas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente (...) pueden ser camino para el encuentro de los hombres con Cristo.

Pocos meses faltan ya para el primer centenario del nacimiento del beato Josemaría, y casi tres cuartos de siglo han transcurrido desde la fundación de la Obra de Dios, que en estos setenta y tres años se ha extendido por todo el mundo. La expansión, que comenzó muy pronto, ha continuado con tanto o mayor impulso después de su muerte, de la que se han cumplido veintiséis años; los mismos que él contaba cuando recibió el encargo divino de difundir este mensaje: que nadie se puede considerar excluido de la llamada de Dios.

Desde el primer momento el Fundador «vio» la Obra con proyección de siglos, *mientras haya hombres sobre la tierra, como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad, abriendo un cauce ancho y profundo en la Historia*. Esta visión de futuro ha empezado a ser ya presente. El Opus Dei, erigido por Juan Pablo II en Prelatura personal el 28 de noviembre de 1982, trabaja en los cinco continentes y su extensión prosigue sin pausa.

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.